La revolución tunecina acaba con Ben Ali

Enviado por oscar el Jue, 01/20/2011 - 08:00
Antetítulo (dentro):
TRANSICIÓN: FRACASA EL GOBIERNO DE UNIDAD
Sección principal:
Global
Cuerpo:

En la tarde del 14 de enero, Túnez iniciaba “una nueva era”, en palabras del secretario general de la Liga Árabe. El dictador que durante 23 años había dirigido el país, Zine el-Abidine Ben Ali, había huido en su avión presidencial, derrotado por las fuertes protestas populares que durante un mes habían ido prendiendo a lo largo y ancho de la geografía tunecina y que acabaron por inflamar la capital.

Los militares, cuyo papel, de momento, está siendo el de mantener el orden y que tienen la simpatía de la población por no haber participado en su represión, mantienen el control de los puntos estratégicos, y sigue vigente el estado de excepción, que les permite el control de la seguridad pero que también pone en suspenso ciertas libertades. De momento, sigue habiendo inseguridad en las calles, aunque muchos comercios y el transporte han empezado a funcionar. “Los ciudadanos han formado comités de vigilancia en todos los barrios y ciudades, y se coordinan con el Ejército para hacer frente a las milicias” formadas por policías y esbirros del dictador depuesto, que comenzaron a sembrar el pánico “para crear una situación de caos que justificara el retorno de Ben Ali”, explica a DIAGONAL el abogado Mohamed Jmour. Tras el arresto del Jefe de Seguridad del dictador, Ali Seriati, responsable de estas milicias, y con la autoorganización popular para defender los barrios, se espera la progresiva recuperación de la calma. Mientras tanto, los acontecimientos se suceden vertiginosamente en el plano político, que bulle como nunca se ha visto en este país, ahora presidido de manera interina por Fouad al-Mebaza, anterior presidente del Parlamento.

Al cierre de esta edición, el Gobierno de concentración nacional vivía su primera crisis tras la salida

de tres ministros y un secretario de Estado. Los dimisionarios, una independiente y tres miembros de la central sindical UGTT, ocupaban la Secretaría de Estado de Transporte y los Ministerios de Trabajo y Cultura, además de otro sin cartera, y el ministro de Sanidad ha suspendido su participación. Su salida del Gobierno se produjo por la presencia de miembros del oficialista RCD en el Ejecutivo, que ocupan, entre otras, las carteras clave de Exteriores, Interior, Defensa y Finanzas. Además del partido de Ben Ali y de los tres partidos que ya eran legales bajo el antiguo régimen, aunque estaban marginados en la vida política, este primer Gobierno provisional incorporaba a personalidades independientes.

El Gobierno de 'unidad'

Uno de los aspectos que más indignación han provocado es, precisamente, la presencia del RCD en el Gobierno. Desde la formación del Ejecutivo, miles de personas se han manifestado, desafiando el estado de excepción, contra esta decisión. "Me inquieta la presencia del partido de Ben Ali, que es corrupto y en el que se produce una confusión entre partido y Estado", se queja Massoud Romdhani, presidente de la Liga Tunecina de Derechos Humanos en Kairaouan, aunque reconoce que en su asociación existen otras posturas. Asimismo, gran parte de la población exige que el RCD, que hasta ahora controlaba todos los ámbitos de la sociedad, sea separado de las instituciones del Estado.
Por otro lado, este Gobierno sólo incluía a los partidos de la oposición reconocida por Ben Ali, "que no tienen mucha representatividad y que no han hecho muchas cosas sobre el terreno. Y están ausentes los partidos no reconocidos y los sindicalistas que han hecho la revolución con los parados y los jóvenes", critica Romdhani.

Una opinión compartida por Hassan Qassar, profesor de Ciencias Sociales en una universidad de Túnez, quien mantiene que **"sólo se ha dejado participar a los partidos a los que EE UU ha dado el visto bueno"** y que "las poblaciones en las que se inició la revolución no se sienten representadas por ellos".

Otros ámbitos de la sociedad, críticos o no, pedían dar una oportunidad al nuevo Ejecutivo, que debe encargarse de organizar y convocar elecciones legislativas y presidenciales.
El Gobierno 'de unidad' había anunciado que sus primeras medidas de urgencia serán legalizar a los partidos no reconocidos bajo Ben Ali, la amnistía general para todos los presos

políticos y la libertad total de la información.

Hoy en Túnez, el futuro político está cargado de esperanza, pero también de miedos. “Temo que esta revolución de los pobres sea secuestrada por políticos que van a aprovecharse del sacrificio realizado”, afirma Hassan Qassar.
De momento habrá que esperar para ver cómo evoluciona la situación política y cuál es el papel del pueblo tunecino en esta nueva etapa.

En estos días se está discutiendo también la creación de una comisión nacional de reforma política, según informa Mohamed Jmour, quien añade que “la gente exige también que se juzgue al ex presidente y a su familia y que se recuperen los bienes del Estado, y que las comisiones de investigación que se van a establecer para depurar responsabilidades y para investigar la corrupción estén formadas por personas independientes para que su trabajo sea transparente y sus conclusiones convincentes”.

Para lograr un proceso realmente democrático, Romdhani considera necesario, además de las medidas ya anunciadas, “una separación entre el partido de Ben Ali y el Estado, la eliminación de la presencia militar en las calles y, sobre todo, la elaboración de una nueva Constitución, que sea democrática, responda a las aspiraciones del pueblo, dé voz a todos y asegure la laicidad del Estado”. “Hay que luchar para que la revolución no sea robada y para que desemboque en una verdadera democracia y en un desarrollo sostenible para Túnez”, concluye.

“Del lado del pueblo”

En el plano internacional, diversos países occidentales aliados de Ben Ali no han tardado en cambiarse de chaqueta. Es el caso de EE UU y de Francia, Estados con grandes intereses estratégicos y económicos en excelentes relaciones con el dictador.
También la UE se ha posicionado del lado del pueblo tunecino a última hora, cuando en los últimos años, a pesar de las constantes denuncias

de los defensores de derechos humanos, no ha tenido reparo en negociar con el país un estatuto avanzado que le permitiera consolidar sus intereses comerciales. Pero hay dos actores internacionales que no han reaccionado, al menos públicamente, a la revolución tunecina: el FMI y el Banco Mundial, cuyas políticas de ajuste estructural, liberalización y apertura de mercados, aplicadas desde hace tres décadas a Túnez, al que calificaban como su “mejor alumno” en la región, están también en la base del profundo descontento popular que llevó al pueblo tunecino a levantarse.

El fin de un tirano

El 17 de diciembre, cuando Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante de verduras de 26 años, se prendió fuego ante la prefectura de Sidi Bouzid, una ciudad del interior de Túnez, después de que la policía lo humillara y le requisara la mercancía con la que se ganaba la vida, nadie podía imaginar que este acto de desesperación provocaría una reacción en cadena que acabaría antes de un mes con la huida del dictador que durante 23 años había dirigido el país.

Pero la paciencia de la población había llegado a su límite. Como trasfondo, un profundo descontento latente por el paro endémico que afecta al 30% de los jóvenes, la falta de perspectivas de futuro, las desigualdades económicas y la corrupción de los círculos del poder, pero también por la ausencia de libertades civiles y políticas y de democracia.

Las manifestaciones espontáneas que siguieron al acto desesperado de Bouazizi, y que comenzaron en las zonas más desfavorecidas del interior, fueron creciendo en tono y en reivindicaciones. Y su represión brutal por parte de la policía, que provocó decenas de muertos, además del apagón informativo de los medios del poder, no hizo más que contribuir a la radicalización de las protestas, que tomaron un cariz cada vez más político y se fueron extendiendo gradualmente a las regiones más prósperas de la costa y a la capital.

A las protestas se sumaron cada vez más capas de la población, incluyendo sindicalistas, abogados, artistas y estudiantes. *Facebook* y *Twitter* se convirtieron en los medios de difusión de la protesta.

La respuesta de Ben Ali conjugó la represión armada con cambios de Gobierno, algunas ‘concesiones’ y más represión. Destituyó al gobernador de Sidi Bouzid y a los ministros de Información y de Interior, y el 10 de enero, a la vez que calificaba las protestas de “actos terroristas imperdonables perpetrados por bandidos con pasamontañas”, prometió invertir para el desarrollo de las regiones más pobres y crear 300.000 puestos de trabajo en dos años, una afirmación que los tunecinos consideraron una nueva burla.

El día 13, cuando fue consciente de que la situación se le iba de las manos, Ben Ali anunció que no se presentaría a las elecciones en 2014, así como la liberación de todos los detenidos en las movilizaciones, la creación de una “comisión de investigación” de la corrupción, la libertad de la prensa y un “profundo cambio político”, mientras la Policía seguía matando manifestantes. “Es demasiado tarde”, respondieron los tunecinos, que mantuvieron la huelga convocada en Túnez capital.

Centenares de miles de personas se concentraron durante horas ante el Ministerio de Interior al grito de “Ben Ali, vete”. Tras cuatro semanas de revueltas y un centenar de muertos, el dictador abandonó el país.



Pie de foto:
Tras 23 años de férrea dictadura los tunecinos echaron al dictador Ben Ali que huyó del país.
Temáticos:
Redes sociales
Manifestaciones
Número 141
Geográficos:
Túnez
Artículos relacionados:
Túnez, ¿una revolución inesperada?
Los tunecinos dicen al dictador: "Ben Ali, fuera"
Edición impresa:

Licencia:
CC-by-SA
Compartir:

Tipo Artículo:
Normal
Autoría:
Gladys Martínez López
Tipo de artículo:
Normal